



LA PINTURA DE ISMAEL BLAT

por el MARQUES
DE LOZOYA

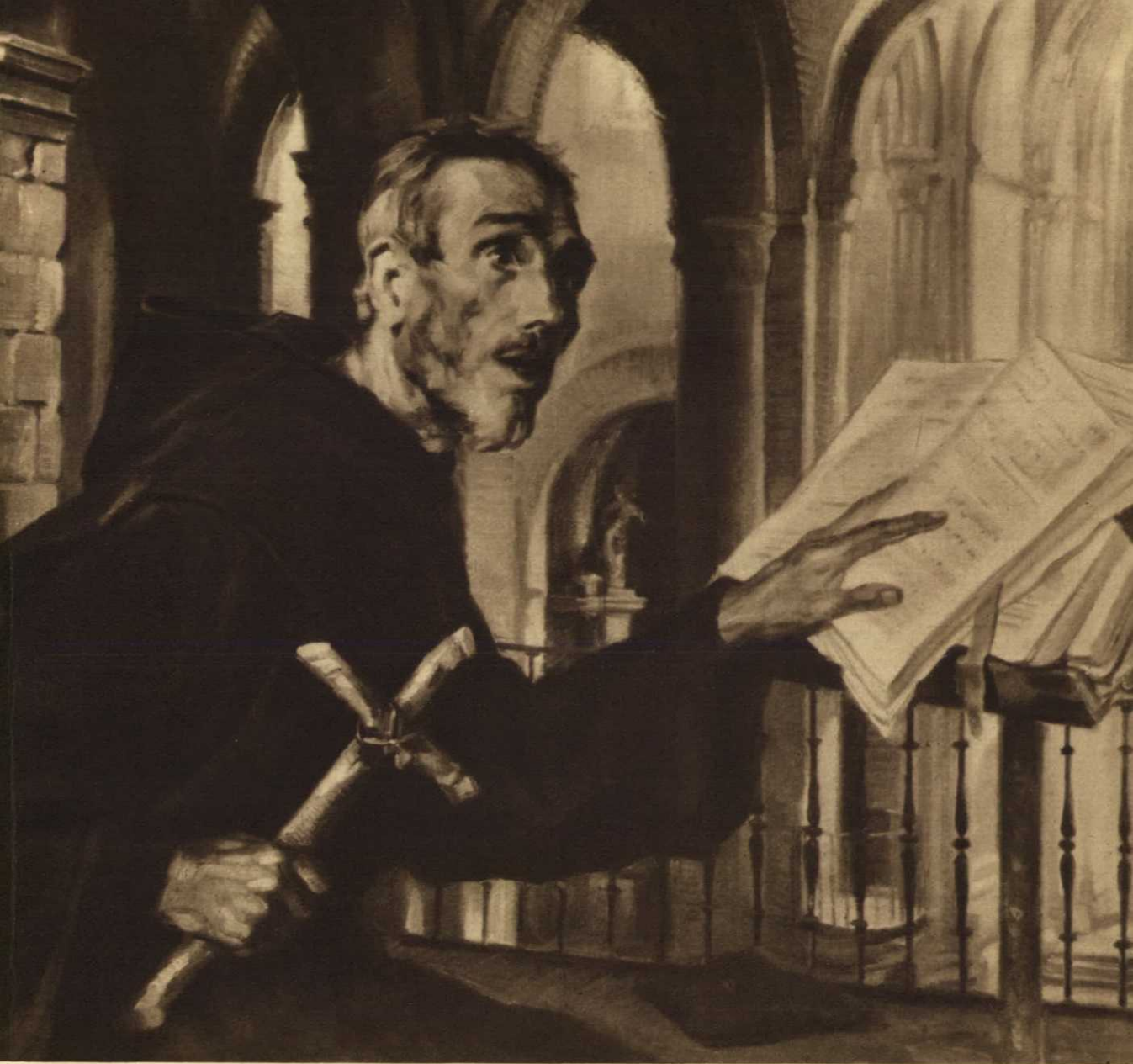
DIRECTOR GENERAL DE BELLAS ARTES

HACE ya muchos años —casi un cuarto de siglo— que, por primera vez, pude enfrentarme con una obra de Ismael Blat. El era casi un niño, becario del Colegio del Patriarca, en Burjasot, y yo, un catedrático recién llegado a la Universidad de Valencia. En el salón del castillo medieval en que está instalado el Colegio, a la suave luz filtrada por los pinos seculares del parque, vi un gran retrato del Arzobispo Reig, revestido de la púrpura cardenalicia. Aunque en este retrato no faltasen, ciertamente, inexperiencias juveniles, me sorprendieron en él dos cualidades: la solidez del dibujo y la calidad de la pintu-

ra, en la cual ya había aciertos extraordinarios, como el almohadón de raso blanco en que el prelado apoyaba el pie. Después he seguido paso a paso la labor del artista, y apenas ninguna de sus exposiciones han transcurrido sin mi comentario. Ahora, al cabo de tantos años, me doy cuenta de la singularidad del caso del pintor de Benimamet. Una progresión constante, un avance siempre sensible hacia un ideal de perfección, pero sin desviarse nunca de las líneas fundamentales que el pintor se trazó desde el principio. La obra actual del artista no es ya la riquísima floración del germen que estaba en el retrato del Cardenal que vi hace muchos años en el castillo de Burjasot.

Si algún poeta joven o algún pintor se acercan a mí en demanda de consejo, preconizo siempre la sinceridad. Solamente manteniéndose leal a sí mismo, sin concesiones a efímeras modas artísticas que pronto fatigan, ni a extravagancias llamativas condenadas al olvido, puede un artista enriquecer en algo, poco o mucho, el tesoro de la Humanidad. De lo fecundo de esta posición sincera es Blat el mejor ejemplo. Indiferente a los aplausos de la crítica o a los desvíos de los cenáculos artísticos, ha seguido su camino con plena dignidad. En su obra ha recogido toda la tradición hispánica y, principalmente, la tradición valenciana de realismo y de luminosidad. Nadie como él en distinguir certeramente la buena pintura y nadie en trabajar con tal honradez para llevar a sus lienzos la síntesis de los buenos pintores que en el mundo han sido. Tradición sin plagio; pintura que es de su momento, pero que recoge una experiencia muchas veces secular.

Esta honradez, a veces un poco ruda de su carácter, se advierte sobre todo en el retrato. Es éste el género en que el



Ismael Blat

Locura de amor divino.



Ismael Blat

Sra. de D. Pablo Garnica Mansi.

artista es menos libre. Una red de prejuicios sociales le envuelve desde que plantea su obra y va modificando el rumbo del cuadro, que casi nunca es lo que quiere el pintor, sino lo que quiere el modelo, que suele ser cosa muy distinta. Solamente Blat conserva ante el retratado —sea cual fuere su condición social— libertad y señorío. Ismael Blat —hemos escrito en otra ocasión— se sitúa frente a su personaje con la misma desenvoltura con que pudiera hacerlo frente a un modelo mercenario. El es quien manda siempre. Durante horas y horas sus ojuelos escrutadores intentan apoderarse del secreto de su personaje, de aquel impulso oculto —a veces cuidadosamente celado— que es el guión y el móvil de cada vida humana. Cuando ha logrado captarlo, el retrato está hecho. Y ese «algo» indescriptible se reflejará, no solamente en el brillo de las pupilas o en el gesto de los labios, sino en cada una de las líneas que delimitan el torso o en el ademán sutil de la mano, que cae lánguidamente o se aferra en una contracción nerviosa. El retratado es entonces, al mirarse en ese espejo inmóvil que es el lienzo, no lo que él quisiera aparecer, ni siquiera lo que aparece a la vista de todos, sino lo que es en realidad; es una realidad muy honda que solamente un observador sagaz y experto puede desentrañar.

En la obra de Blat predomina, sobre todo, el tema humano. Parece como si solamente le interesase cuanto con el hombre se relaciona. Tipos de Galicia, de Valencia, de Salamanca y de Ibiza, con fuerte caracterización racial. Naturalezas primitivas, de pasiones simples y violentas, con indumentos castizos, sin arrequives anecdóticos. El pintor se interesa, sobre todo, por los ancianos, en cuyas deformaciones y rugosidades se complace su virtuosismo de dibujante. Gran

colorista, sabe ver figuras y armonía de color en los rostros atezados de los tipos campesinos y en las telas de sus ropas. A veces se complace en contrastar con la ancianidad la frescura candorosa de alguna jovencita o algún niño. Cuando pinta paisaje, es paisaje cargado de humanidad: la plaza o las callejas de La Alberca, en las cuales las casas avanzan, unas sobre otras, en desdibujos inverosímiles, o las rúas de Compostela, con la melancolía punzante de su ambiente, en que el cielo gris se refleja en los charcos, entre las losas de granito.

En cada exposición de Blat se advierte un avance en el sentido de espiritualizar su obra, de poner más en ella de su propia sensibilidad. Sus retratos son más elegantes y expresivos; sus cuadros de género, más intensos de su llamado dramatismo; sus paisajes, más finos de color. Pero el nexo que en la obra del artista une el presente con el pasado es el ansia, casi dolorosa, de apurar la calidad pictórica, de ser, antes que nada, pintor a la manera sencilla y heroica de los grandes maestros españoles de todos los tiempos.

